

blan refugiado las fuerzas fugitivas. ¡Qué amargo desengaño nos aguardaba! Entonces, y sólo entonces, se evidenció que, pese a los millones que su organización y sostenimiento costaba, carecíamos de aviación. De todos los aparatos que salieron de Burgos, sólo uno, tripulado por el marqués de Borja, logró volar sobre Monte Arruit, dejando caer sobre las tropas asediadas y sedientas unas cuantas barras de hielo, que, como una burla del destino, fueron a parar fuera del recinto de la posición.

EL FRAILE AVIADOR.—LA ANGUSTIOSA SITUACIÓN DE MELILLA.—EL ASEDIO Y LA CAPITULACIÓN DE MONTE ARRUIT



Los cadáveres de las víctimas de Monte Arruit, cargados en camiones para ser llevados a la enorme fosa en que fueron sepultados (Fot. Alfonso)

—Yo marché a Africa inmediatamente también—prosigue el popular franciscano—, pero no sin antes haber tenido que vencer los serios inconvenientes que se oponían a mi partida.

—¿Cómo se las arregló usted para salir airoso de la empresa?

—Para recabar el oportuno permiso que en Burgos se me negaba, como observador de aeronave—en posesión de cuyo título estoy—, hice el viaje de Burgos a Madrid en avión. Este rasgo mío, el hecho al parecer desconcertante de que hubiese un fraile con suficientes arrestos para lanzarse al espacio, no sólo me allanó cuantas dificultades se oponían a mis deseos, sino que cuando quise arribar a Marruecos entre las tropas que me habían precedido, era ya popular.

—¿Cuál era la situación de la ciudad y cuál el ánimo de las tropas desembarcadas cuando llegó usted a Melilla?

—No repuestos todavía de la dolorosa sorpresa que el desastre produjo, la situación de la plaza, que había sido extraordinariamente crítica, era entonces de manifiesta confusión. Los moros eran dueños de la Primera Caseta, a tres kilómetros de Melilla, y si no se apoderaron de la ciudad fué por suponer erróneamente la existencia de tropas que habían sido ya sacrificadas en la retirada de Annual.

Repercutían allí las vacilaciones del Gobierno y del Alto Mando, y mientras treinta mil hombres, recién llegados de la Península, aguardaban impacientes el momento de entrar en batalla, rodeados de cadáveres, aprisionados en un círculo de balas, desfallecidos de hambre y de sed, desamparados de la tierra y del cielo, asesinados con furia salvaje de noche y de día, los que tras una espantosa carrera habían logrado escapar a las furias del enemigo, tras los muros de Monte Arruit, veían transcurrir días y más días, hasta aquel que anegó de sangre las páginas de la Historia, en que ante el asombro de todo un ejército cruzado de brazos, o fueron sacrificados de una manera bárbara y salvaje o, lo que es peor, cayeron prisioneros en poder de Abd-el-Krim.

—¿Luego cree usted que Monte Arruit pudo haber sido socorrido y salvado?

—¡Indudablemente! Y no era únicamente yo quien lo creía. De mi misma opinión era todo el Ejército y toda España, y más que nadie el hoy general Riquelme, que con únicamente tres mil, de los treinta millares de hombres que había en Melilla, de habérselo permitido el Alto Mando, estaba decidido a correr a Monte Arruit para librar del terrible asedio a la sacrificada posición.

CAPELLÁN DEL TERCIO.—HERIDO.—LA DANTESCA TAREA DE ENTERRAR A LOS MUERTOS.—LA TUMBA DE MONTE ARRUIT.—MÉTODOS DE IDENTIFICACIÓN

—¿Usted, padre Revilla, tuvo algún cargo concreto en Africa?

—Sí, señor. Poseía el título de observador de aeronave, y fui nombrado capellán de las escuadrillas de aviación. Pero aquel cargo regalado y muelle no me satisfacía plenamente; quería servir a la patria en lugares de mayor riesgo; lo pedí, y el Alto Mando no tuvo inconveniente alguno en nombrarme capellán del Tercio.

—¿...?

—Celoso de mi misión espiritual, entré en combate con los bravos legionarios en todas las acciones en que aquéllos tomaron parte. ¡Cuántos de aquellos valerosos muchachos murieron en mis brazos!

—¿Fué usted herido?

—Dos veces. La primera en el Gurugú. La segunda, en Dar Drius. Recuerdo hasta la fecha exacta: fué el día 11 de Noviembre de 1921.

—¿Le recompensaron?

—No era necesario. Me propusieron para la laureada; me hallaba dentro de las condiciones exigidas por la ley. Y, sin embargo, no se me concedió. Pero esto no tiene importancia. Yo participaba de los horrores de la lucha por amor franciscano, y mis recompensas habían de venir del cielo.

—¿Qué otras acciones dignas de mención llevó usted a cabo?



El Padre Revilla, capellán del Tercio. Sobre la franciscana cogulla, el capote militar, con la insignia de aviador y las estrellas de capitán

—Uha vez iniciada la ofensiva, reconquistados Nador, Zeluán, Monte Arruit, Segangan, etcétera, etc., me ofrecí voluntariamente para la penosa tarea de entrar a los muertos.

El espectáculo que presentaban las posiciones reconquistadas era verdaderamente dantesco. Desde Annual hasta Nador, lo mismo en el sector de Dar Drius que en el de Dac-Queddani, todo el territorio de Melilla se hallaba convertido en un inmenso osario, en un campo salpicado de insepultos cadáveres, cuya contemplación ponía pavor en el espíritu de los más animosos.

Dos meses y medio estuvieron sin enterrar. Sumaban miles y miles. En Zeluán, los moros pasaron a cuchillo a todos,

absolutamente a todos los defensores de la posición. En Monte Arruit, entre hirvientes gusaneras, yacían hacinados, en informe montón, hombres y caballos; eran los escuadrones de Alcántara, al frente de los cuales se cubrió de gloria el teniente coronel don Fernando Primo de Rivera. Y de esta guisa, aquí y allá, hombres desnudos, ofreciendo el aterrador espectáculo de las más monstruosas mutilaciones, amarradas las manos con alambres y espinos, lleno el vientre de piedras, con estacas y palos clavados en la garganta y en los ojos; algunos, sin cabeza, sin manos, sin pies; los menos, llenos de gusanos; los más, secos, calcinados por el sol, momificados y apergaminados, con los huesos al descubierto, luego de haber sido pasto de los buitres.

—¿...?

—Para dar sepultura a tanto mártir se construyó en Monte Arruit un inmenso osario, en cuya cabecera se colocó una cruz de madera toscamente labrada, cuya bendición efectuó yo.

Una comisión de higiene, dirigida por un comandante médico e integrada por una brigada sanitaria y varios soldados de ingenieros, llevaron a cabo esta misión, la más dura y más penosa de cuantas se han realizado a lo largo de toda la campaña de Marruecos.

Yo, como he consignado antes, me uní voluntariamente a ella y trabajé como el que más en el levantamiento y traslado de los cadáveres hasta dejarlos descansando bajo la capa de tierra que preside la cruz de Monte Arruit.

—¿Escenas emocionantes?

—¡Incontables! Aparte el horror que la visión de toda la magnitud de la tragedia producía; descontado el hedor insoportable que emanaba de los innumerables cadáveres de que se hallaba salpicado todo el campo africano, lo que más sentimiento producía era la visión de los padres, hijos, esposas y hermanos que venían con nosotros, con la santa intención de identificar a sus familiares desaparecidos.

—¿Lograban encontrarlos?

—Hubo persona que identificó al ser querido por el insignificante detalle de una letra bordada en una elástica, por un trozo de camisa, por determinada clase de calzado. Las escenas a que daban lugar semejantes hallazgos son para vistas, que no para contadas...

¡Un sol otoñal, filtrándose a través de las ramas de las acacias y de los pinos, dibuja a nuestros pies interesantes arabescos. Quietud, sosiego, silencio. Y tras una breve pausa, llena de evocaciones y de recuerdos, nuevamente la voz del franciscano capuchino siguiendo el curso de su apasionante narración.